

Marcelo Viñar: entrevista de Puerto Montt¹

Patrice Vermeren

Université Paris-8-St. Denis

vermerenpatrice@gmail.
com

Resumen: En 2017 tuvo lugar esta entrevista a Marcelo Viñar en Puerto Montt, en ocasión del coloquio *Territorios de la destrucción y espacios de tramitación frente a la violencia*, que tenía lugar en el sur de Chile. A partir de las notas de esa entrevista, que prolonga el vínculo iniciado durante el período de exilio de Viñar en Francia, se rememora el proceso de represión y tortura que sufrió el propio entrevistado, pero también surge un relato del exilio y de la cuestión de memoria y justicia, incluso con relación al contexto latinoamericano en la actualidad.

¹ Entrevista de Patrice Vermeren a Marcelo Viñar, que tuvo lugar en el marco del coloquio *Territorios de la destrucción y espacios de tramitación frente a la violencia* de la Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt, organizado por Alejandro Bilbao y Daniel Jofré el 25 de octubre de 2017.

Presentación de la entrevista

Marcelo Viñar había elegido su bando: el de los desheredados, el de aquellos que son privados de su parte de la herencia. Encontrarlo a cada paso de uno u otro por París, Montevideo, Puerto Montt o Buenos Aires —ya fuera solo o con Maren Viñar y Susana Villavicencio, Ricardo Viscardi o Graciela Frigerio, Alejandro Bilbao y Fedra Cuestas, Stéphane Douailler, Patrick Vauday o Bertrand Ogilvie— era un placer y un privilegio que no me habría perdido por nada del mundo. Él era el psicoanalista, pero a mí me gustaba escucharlo hablar. Un día de octubre de 2017, en Puerto Montt, con ocasión de un coloquio organizado por Alejandro Bilbao y Daniel Jofré, titulado *Territorios de la destrucción y espacios de tramitación frente a la violencia* en la Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt, tomé notas de nuestra conversación. Las releo y las transcribo al enterarme de su muerte, como si pudiera continuar con él este diálogo inacabado. Ricardo Viscardi me pide que restituya las circunstancias. Un año antes había aparecido una obra colectiva, codirigida por Fedra Cuestas y por mí: *Una memoria sin testamento. Dilemas de la sociedad latinoamericana posdictadura* (Cuestas y Vermeren, 2016). Marcelo Viñar nos había entregado para este libro un texto fundamental, que ya había publicado diez años atrás: «Violencia política extrema y transmisión intergeneracional». Lo resumíamos así:

Marcelo Viñar se cuestiona sobre la transmisión de la experiencia traumatizante del encarcelamiento, de la tortura y de la desaparición para su entorno y la descendencia. Y pensar esta especificidad es también interrogar el personaje de la «víctima» tal como aparece en los discursos de la reparación, sobre lo cual Marcelo Viñar se interroga y cita a Alain Badiou: Si el verdugo es una abyección, la condición de víctima no vale mucho más [...]. La violencia es constitutiva de la vida política, pero en dictadura la violencia conduce a la autodestrucción, destrucción que alcanza también a las generaciones siguientes, si quedan presas del silencio y del olvido; o de la denegación de reparación a las víctimas. Destrucción extrema cuando impide la resistencia y la creatividad, violencia que deja vacíos de la memoria y requiere de una filosofía que sostenga una reflexión que la retome (Cuestas y Vermeren, 2016, p. 10).

En las notas que conservé de nuestro encuentro de 2017, figuran también estas palabras que debieron servirme para el discurso de apertura del coloquio que tuvo lugar en Valdivia:

El coloquio *Territorios de la destrucción y espacios de tramitación frente a la violencia* tiene una historia, o más bien, es una historia. Está perpetuamente atravesado por la evocación de situaciones donde

aparece la violencia más extrema, desde la tortura evocada por Marcelo Viñar hasta la vivencia — transcrita por una joven chilena — del golpe de Estado militar y la noticia del suicidio del presidente Allende. Como si la violencia nunca hubiera sido peor que hoy, contra toda imagen positivista de un progreso de la civilización, hasta el punto de poner en cuestión las fronteras que separan la humanidad de la animalidad. La escena misma parece borrar estas fronteras, desde las técnicas de trasplantes de órganos animales en humanos, transferencias de genes del animal al humano, como en los procesos de humanización o de deshumanización de los discapacitados. ¿Cuáles son las fronteras de la Humanidad? ¿Dónde se detiene la humanidad de un cuerpo que ya no está habitado por una conciencia humana? ¿Qué sentido tiene suspender el uso de ese cuerpo muerto a la voluntad previa de la persona que lo habitó? ¿De qué lado de la frontera de la humanidad situar el cuerpo humano muerto? En el siglo XX ya no se puede pensar que la especie humana se distingue radicalmente de la especie animal, como decía San Agustín. Habría que pensar entonces al hombre no como punto de partida, sino como punto de llegada, resultado de un conjunto de acciones. Como si el proceso de civilización, a la vez que nos da conciencia de nuestra pertenencia a la comunidad humana global, sirviera también para ocultar o negar la humanidad del otro con el fin de violentarlo, o como legitimación de la violencia que se le infringe.

Tales son las circunstancias de esta entrevista que —entre muchas otras— mantuve en 2017 con este amigo que me dio confianza en la humanización del hombre; él que decía que si uno está siempre deslumbrado por el sol y no conoce las sombras, nunca podrá disfrutar de la luz.

Puerto Montt
2017: entrevista a
Marcelo Viñar

Nací el 16 de setiembre de 1936 en Paysandú, Uruguay. Mis padres eran campesinos, trabajaban con maquinaria agrícola, criaban ganado y sembraban trigo durante la Segunda Guerra Mundial. Uruguay vendía carne de vacuno que Francia no podía pagar: el Gobierno uruguayo condonó esta deuda en 1970 y Francia aportó el dinero para crear el Institut Pasteur de Montevideo.

Vine a la capital de Uruguay para estudiar psicología. Un psicólogo me dijo: «Ai se hace psicólogo, será un auxiliar del médico». Así que estudié medicina. Comencé una formación psicoanalítica con un grupo que quería transformar la psiquiatría biológica restituyendo la medicina a las ciencias antropológicas; los fundadores eran Willy y Madeleine Baranger, y era el «hermano menor» de la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina). Después del kleinismo londinense [mis referentes fueron] Maud Mannoni, Serge Leclaire, André Green, a quienes Baranger hizo venir. Además de Oscar Masotta, pero dentro de la IPA (International Psychoanalytical Association). Publicamos a Octave y Maud Mannoni, y a Serge Leclaire, en un libro para el cual escribí el prólogo. Fue este último quien me encontró un puesto de trabajo en La Chesnaie, en Francia; de lo contrario, me habría ido a México. Me envió un telegrama: «Nuestros acuerdos de tal lugar son válidos». Tomé el barco hacia Europa.

Mi problema con la dictadura militar es simple: los Tupamaros. Uno de estos jóvenes tuvo un brote psicótico y me preguntaron qué había que hacer. Y yo fui. Al año siguiente, alguien dio mi nombre. Me metieron en la cárcel por asistencia a la asociación para delinquir. Era un período en el que había un gobierno legalista: el defensor asignado era un militar. Yo había hecho el juramento hipocrático: atendí a un enfermo.

En 1972 estuve tres meses; en 1974, tres años. Me convertí en preso político. Me hicieron el submarino [técnica de tortura], pero sobre todo era la amenaza. Hay gente que resiste seis meses, un año. Encerrados en una habitación cerrada. «Escriba su historia en el movimiento subversivo». Y yo no tenía nada que decir porque no pertenecía al Movimiento [de Liberación Nacional-] Tupamaros. No había escrito nada, y ahí me golpearon fuerte. La sospecha era esta: como yo era médico, tenía una doble vida, una vida académica y la de un líder tupamaro en la sombra. El coronel que me defendía decía: «Otro caso Dreyfus». El *tótem*: te ponen una capucha, te dejan en la nada, al principio unos días. El máximo heroísmo es no cagarse encima hasta que te caés al suelo. Es el *plantón*. Después es el submarino. Una bolsa de plástico. Eso prepara la llegada de un oficial «bueno», que te dice:

«Ayúdenos, acorte su sufrimiento, cuéntenos». Y de uno «malo» que te dice: «podemos retenerlo indefinidamente».

Cuando se tienen dos hijos, es bastante aterrador, uno queda marcado de por vida. Es el colapso de mi humanidad, una catástrofe identitaria. Perdí quince kilos. Veía la miseria de mi proceso en el rostro de los demás. Cuando salí, la gente me abrazaba, veía la expresión de los demás en el rostro de los demás. Eso duró tres años. Estaba organizado desde Panamá bajo una doctrina contra el comunismo: la transformación de un espacio democrático en un espacio de terror. Se decía en aquella época que eso era posible en América Latina excepto en Uruguay y en Chile. El cierre del Parlamento y la omnipotencia de los militares fueron una experiencia de terror en la vida cotidiana. En un momento dado, tuve tanto miedo que, ante la oferta de Leclair, la decisión fue marcharse. Se me acusaba de pertenecer o haber pertenecido a una organización contra los valores occidentales de nuestro país: esa era la doctrina de nuestro hemisferio. Hubo un «año de la orientalidad»: la celebración de ser uruguayo. Por eso me gustó el discurso (en la exposición del coloquio de Puerto Montt). Eso genera victorias. Uno no es «torturólogo» por vocación. Por eso escribí el volumen en Denoël (*Exilio y tortura*, con Maren Viñar, con prólogo de Maud Mannoni) (Viñar y Ulriksen de Viñar, 1989) y *Psicoanálisis y terrorismo de Estado* (Viñar, 2016) y en la *Encyclopédie médico-chirurgicale*, «Trastornos psicopatológicos inducidos por la tortura» (Viñar, 2005).

En Francia, la solidaridad me encontró un empleo en Loir-et-Cher. Hice trampa: entré con un pasaporte de terrorista para evitar ser refugiado. Un camarada me dijo lo que debía explicarle al jefe: si era yo quien pedía trabajo, él me preguntaría por qué no a un francés. Él dijo que era a mí a quien necesitaba. Viene un policía: la policía lo busca, no vaya a la alcaldía a firmar el permiso de residencia y trabajo, se lo traemos nosotros. La mujer de Leclair firmó para el alquiler. Durante un año, nos ayudaron económicamente. Serge Leclair decía: «Hay que ayudar a los Viñar». «Envíen ese dinero para los presos políticos en Uruguay», dijeron ellos cuando quisimos reembolsarles.

Ampliamos un grupo de pertenencia para no estar aislados. Y, sobre todo, cuando era médico en La Chesnaie, fui terapeuta de esquizofrénicos. Ellos me enseñaban el francés. Yo era algo así como el Che Guevara. Se forjó una leyenda: durante ese año en que no hablaba francés, fui el mejor médico porque los esquizofrénicos me ayudaban. Una de las cosas que hacíamos en esa clínica era recurrir a la gente de Tosquelles en La Borde. Mezcla loco/no loco. Eso fue lo que me salvó la vida. La renuncia a la posición de sabio. La postura de Tosquelles: en posición de impotencia y los enfermos en posición de experiencia. Vivir con esquizofrénicos es una tarea dura, especialmente de noche. La locura siempre funciona durante la noche. Leclair me dijo: «si te quedas en La Chesnaie, te vas a quedar estancado». Mi mujer y mis hijos vivían en París desde el principio. En el distrito quince, luego en el dieciséis. En la

calle Montsouris, luego en las Olympiades de la Place d'Italie, luego en una casa en la calle Renoir. El capitán Towsen hizo el Pré Catalan.²

Yo no abandoné Uruguay voluntariamente, me empujaron fuera. Empecé una vida en París a los cuarenta años. Mis hijos aprendieron el idioma rápidamente. Pero mi herramienta de trabajo es el habla. El clima, la lengua y los viejos amigos crean la necesidad de no olvidar. Mi hijo ingresó a la [Escuela] Politécnica. Era caro, pero obtuvo una beca de estudios. Nos autorizamos a volver al país. El exilio, una vez que comienza, nunca termina. Dejar Francia fue duro. Mi cuerpo funciona mucho mejor en Montevideo que en París. La duración del invierno y el cielo gris me hacían mucho daño. Me faltaba el sol y el mar de Montevideo.

Uruguay es un país pequeño. La sensación de que si estás en Uruguay y haces algo, nadie puede reemplazarte, es algo distinto a Francia, donde siempre puedes ser reemplazado. Convencí a Maren, que no quería volver. Mi hijo me dijo «Yo me voy a Uruguay». Daniel (mi otro hijo) decía: «yo me quedo». El más pequeño, que no había vivido en Uruguay, quería volver. Lo excepcional es la laicidad en Uruguay. Francia y Uruguay son [de los] pocos países que no son confesionales. En el Uruguay se inventó una frase: «Nadie es más que nadie».

Al salir de la prisión [...] recibía a padres de militantes y gente de extrema izquierda. La imagen que los militares tienen de la gente de izquierda —cuando me acosaban— es que el otro es un fanático. A veces pensé que la frontera era complicada. Cuando estaba en la cárcel, mis torturadores me tuteaban y me despreciaban. Yo respondía siempre: «Usted, señor». Y al cabo de media hora, ellos me trataban de usted. Es cierto que yo no era un guerrillero. El pos-conflicto de reconciliación fue muy complicado. Trabajé con un grupo español de pos-reconciliación y con Charles Villavicencio (presidente del Comité de Reconciliación de Sudáfrica). El período dura varias generaciones (Cita una definición de la barbarie tomada de Montaigne). ¿Cómo surge el odio?, ¿cómo se pasa de la diversidad humana al odio étnico, racial, a ese cambio de dirección? ¿Cómo aquel que estaba enfrente y era mi amigo de hace veinte años, se convierte ahora en mi peor enemigo?

(En respuesta a la pregunta sobre cómo llegó su reconocimiento académico en Uruguay, Marcelo Viñar responde): «Siendo yo mismo». Vivir en Europa y querer volver al país da un cierto prestigio. Un trabajo para la memoria: restablecer el nexo y ver cómo fue provocado el odio depende de los psicoanalistas y del reconocimiento de la otra parte. Lo íntimo sigue siendo un objeto privilegiado para el psicoanálisis, pero en el siglo XX pudo ser atravesado por lo social.

² La frase es un guiño a la historia del psicoanálisis en el Uruguay. El capitán Towsen fue uno de los introductores de la disciplina en el Uruguay, pese a no contar con formación específica, mientras el Pré-Catalán fue un local socialmente prestigioso entre la clase alta. El uso de la expresión alude al ingreso de Viñar en el ámbito intelectual parisino.

Referencias

- Cuestas, F., y Vermeren, P. (Coords.) (2016). *Una memoria sin testamento. Dilemas de la sociedad latinoamericana post-dictadura*. Santiago de Chile: LOM.
- Viñar, M., y Ulriksen de Viñar, M. (1989). *Exil et torture*. París: Denoël.
- Viñar, M. (2016). La memoria del terror: psicoanálisis-shoa-tortura. *Revista uruguay de Psicoanálisis*, 123, 65-72. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201612307.pdf>
- Viñar, M. (2005). La spécificité de la torture comme source de trauma. *Revue Française de Psychanalyse*. Recuperado de <https://shs.cairn.info/revue-francaise-de-psychanalyse-2005-4-page-1205?lang=fr>